

Coreografía del duelo

por Edna Ochoa

Mariela al oírte llegar apagó la cazuela donde hervía la sopa de pasta en forma de números, fijate si la maleta está completa, gritó, (su voz sonaba distante, como si las orillas sacaran vidrios filosos que ya no sorprenden a los ladrones que tratan de saltar las bardas), y tú la maldijiste, porque al teléfono, era su obligación adivinar que te sentías mal, ni siquiera la curiosidad le hizo preguntarte el por qué de tu salida, sólo oíste del otro lado la línea sí, sí, para cuando llegues ya la tienes lista. Caminas entonces a la otra pieza y ves la maleta abierta, llena, sobre la cama que ahora tiene una colcha estampada de flores rojas. Sabes que es nueva. Ella la ha puesto como un canto de victoria. Puta, más que puta. Te enciende la rabia pero luego alguien le da vuelta al espejo y te invistes de guerrero. Ríes: está adornando todo para que me quede. Pendeja. No sabes en qué momento ha llegado por detrás de tu espalda y graciosamente pronuncia un así es la vida, que te aleja del conteo de los calcetines. La muy mierdera escondió mis calcetines de grecas. La miras, estás por decirle vámonos. Llévartela. Ella da un rodeo, llega al buró, le da cuerda a la caja musical que le diste la vez que los dos fueron a Chalma y le prometiste que sería la única, la única mujer de

tu vida. La Virgen gira, la Inmaculada se mueve, y los ojos azules de la muchacha te miran fijo, de frente, cuando le quitas la capucha. Tu víctima no te teme. Tienes miedo. Un escalofrío se ramifica en tu cuerpo e imaginas que estás encendiendo las lámparas de la ciudad y que esa noche no harás la ronda, ni tampoco auxiliarás a tus colegas cuando saquen los taxis e inunden la oscuridad, pero sabes que tu presencia en la banda será inequívoca. Cada taxi ecológico tiene su gemelo. Todavía funciona la pila, atinas a balbucear mientras la música sigue escandalosamente pegajosa como si fuera sangre, y no sabes si Mariela oyó o no quiere escucharte hablar sobre la batería, entretenida como está cepillándose la melena. El ruido del cierre de la valija te cripa y exhalas un bufido y te tiendes sobre el pedazo libre de la cama y odias el cabello de Mariela, a quien le ordenaste hace una semana teñirse de rubio para que duplicara la otra cabellera, (metida en la bolsa de plástico que navega en las aguas del canal). Mariela te avienta una sonrisa desdeñosa, saliendo del cuarto, pero un grito que no es tuyo, o que sí es tuyo, la detiene justo en el dintel. Esperas que dé la vuelta. Su espalda y el cabello rubio te han hincado dolorosamente para que no avances al presente y enciendas el motor de la huída. Mariela es tu puente. Quizá antes de irte ibas a hacer tu última escaramuza. Siempre que andabas con la cantaleta de dejarla se te ocurría descargarte. Aquí parados, el adiós no tiene nada que ver con que te quiera, mami. Pero el cansancio sigue mordidiéndote por dentro como si cuatro llantas pasaran una y otra vez por un bulto y tu memoria se hubiera detenido justo allí, trabándose, y tú sin traer una llanta de repuesto; tampoco hay un taller cerca para que te parche la poca voluntad que te queda. Mariela se quedó detenida por la orden. Él la zarpea con una mirada: la expresión bovina de Mariela se acentúa más con el tiempo; habrá un día cuando la extienda como tapete y pase por su zalea como el señor de todos los cielos. Los miembros se desvencijan, tus palpitations se han normalizado, pero la digestión, tu digestión será difícil. Mariela calcula: puede irse y no. Quería retenerlo un rato. Por eso había comprado las pilas, la colcha, justo después de colgar el teléfono por segunda vez. Las pantaletas, ¡qué monada!, las traía puestas para cuando él la atrincherara de cara contra la pared. La acodaba en el alféizar de la ventana, acodada a fuerza, y tus empujones abriéndome a pasillos oscuros donde se despierta la rabia. Mis rodillas. Le abrías las piernas con dos pataditas asestándole una en cada pie como cuando te tocaba hacer rodadas en los bares, agarrándola por los cabellos, llevando las riendas.

No podía moverse. Si se sale te mato, cabrona. Nunca vio tus gestos pero debían de ser terribles, los gemidos y gritos destrababan furia y la angustia de un animal acosado. Algunas veces sintió que ibas a quebrarle los huesos. Mis rodillas siguieron sangrando. Abajo los autos estaban detenidos mientras la gente era un flujo de colores en las aceras, un gusano que jugaba a la vida. Te vi perderte por la esquina del Vips. Tu partida me había dejado desprevenida. Las costras fueron escrupulosamente embadurnadas todos los días con violeta de genciana para que cicatrizaran rápido e irme con minifalda a pedir trabajo de mesera al Mesón de Donceles. Pero no te fuiste, lo supe la tarde que arrastraste el cuerpo al bar donde nos conocimos. No fue difícil reconocerte a pesar de la tenue luz y de los ventanales opacos, eras aquella sombra que pegaba las manos al cristal, teniendo como fondo una corriente de autos, eras tú buscándome porque querías tantito de mí. Siempre hablabas de poquito, pero cómo exprimías, cómo dejabas a tu presa. No te conformabas con cazarla, lo tuyo era un rito de aniquilamiento perfeccionado. Ya para entonces una tortuga me había prestado su caparazón. Para entonces veinte veces te habías despedido de mí y otras veinte me saludabas. Lo que es yo, ya no te creo, te lo dije, mientras llorabas atenazado a uno de mis pechos. Hasta de sufrir una se cansa. Ese día el cerebro se acomodó donde la vida habla: O lo dejas o te mata. De ese modo me hablé a mí misma como si otra mujer me hablara. Nada con él. Quién te podría detener si habías desbordado los límites. La sospecha llegó primero como un rompecabezas suelto. Cada vez sacabas una pieza que yo iba acomodando sin que te dieras cuenta. A ver, pinche bruta, lee pronto lo que se dice de esta foto. ¿Por qué esas viejas argüenderas fueron a concentrarse al Zócalo? Madres, ni que nada. Si fueran madres estarían en la cocina. Lo empecé a armar cuando dijiste: Ahora sí que sé cómo hacerle para que desembuchen los especiales. ¿Quiénes son esos? Y por respuesta me dejaste dos dientes flojos. Encuérame, le dices a Mariela, y ella sabe que has sobrepasado el hastío y que el especial es tan especial que no habías podido con él. Ya lo venías anunciando cuando te quedabas viendo la televisión, cuando empezaste a comprar el diario y Mariela leía las noticias y hasta le rogaste que te enseñara a leer sin trabarte, como si con suplicar obtuvieras tu deseo. Mientras te desnuda, sus dedos se enroscan al vello de tu pecho, trazando unas palabras: Se te fue de las manos. Las cosquillas te abren el labio inferior y descollaste unos dientes perfectos. La viste sonreír y te desconcertó el brillo de sus ojos, algo maligno campanilleaba

hasta el fondo. No te la voy a dar, dices, mostrándole una poderosa erección que controlaste hasta su caída, mientras ella observaba tu acto desafiante con tal insensibilidad que la pensaste ida, con los ojos abiertos. Mariela aplaude y grita ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Así se hace! y te costó unos segundos acomodarte a la realidad y quitarte tu traje de castigador y la imagen de los ojos desmesuradamente abiertos. La viste luego agarrar la pistola del buró, descargarla, oíste nítidamente el sonido opaco de las balas cuando se estampaban sobre el tapete. Viste cuando se metía el arma por la vagina, retándote, pero tú no estabas para segundos actos. Se cansa a veces de vivir, mascullaste. La viste en aquella pantomima, nerviosa, sobresaltada, como si hubiera adivinado que te seguían y que podrían entrar en cualquier momento, pero qué cuenta se iba a dar la bruta esa de tus problemas, era pura calentura de hembra. Que se dejara de pendejadas y te dejara sólo para pensar. Ninguna explicación valdría. Tu superior te dijo: estás acabado. Y empezó tu suerte de huida. Los sobornos de tus compinches te hacían estragos, y mamabas las tetas de la joven como recién nacido, como queriendo un regreso adonde ya nunca se regresa. Cierra los ojos, carajo, ordenabas. Cierra los ojos, puta revoltosa. Y yo los cerraba, pero no sabías que mis párpados eran de una piel translúcida y que olía cómo colgaba el miedo y la angustia de todos tus poros. ¿Helen? ¡Con que Helen! Oí mi nombre en tu boca asquerosa. Me estaban buscando, ahora lo sabía cuando dijiste mi nombre. Mi padre estará haciendo todas las gestiones para rescatarme. A pesar de su odio contra mí. Desplegaría su poder porque ahora se avecinaba una lucha entre orgullos. El imperio exigiría justicia. No era yo, ciertamente, no. Helen tenía razón. Helen sería un pretexto como muchas Helenas. En cualquier versión sería desprestigiada. Soy invencible, gritó en pensamiento Helen, mientras sus miembros temblaban eléctricos, sin que el dolor traspasara su conciencia. Nadie te va a encontrar, parecían decirme tus labios afanosos. La succión era una burla del destino, y no me importaba sangrar cuando querías desprenderme los pezones. Grita, perra, ¿no sientes dolor? ¡Chingada madre, grita! El dolor había dado la vuelta y un candado invisible había hecho clic, y el sentir caminaba en la nada, caminaba hasta rebotar en el cerebro y desactivar los nervios hasta que el agua me reanimaba, devolviéndome otra vez a la realidad de la pesadilla. Helen se encontraba de nuevo en una habitación de la colonia Roma, ningún vecino podría imaginarse la existencia de un espacio donde se fraguaban los espectáculos de la mueca y el grito sin esperanza. Ya era basura,

ya ni con el agua reaccionaba. Estaba ida. La cabrona se había ingeniado para irse siempre que llegabas. Mentía. Cuando la mirabas por el portillo antes de entrar a la pieza sus ojos tenían brillo y sus manos hablaban. Pero luego se iba, apenas dabas vuelta al cerrojo, se escapaba. Te habías equivocado, piensas, desde el principio, y tu arrogancia no permitió darte la oportunidad para dejar que subieras por las escaleras, dejando el sótano, empujando a la chamaca encapuchada a la cochera y meterla en el auto y aventarla en cualquier lote baldío y que dijeran que se trataba de un secuestro por robo. Nadie hubiera sospechado, además en caso de que se hubieran dado cuenta, se te hubiera excusado en el cuerpo de seguridad, te hubieran removido a la provincia, las equivocaciones son humanas. Ese día olvidaste cambiar las placas de la camioneta. Los malditos estudiantes habían rastreado toda la ciudad. Las pistas habían dado a los separos de la policía en Tlalpan. Nos tienen en la mira, dijo el Sargento. Pero no cediste. Te había gustado la presa especial. El terror de sus ojos y el extremado temblor de sus miembros te hizo tener toda suerte de fantasías, además eras omnipotente; su lenguaje extraño no permitía tampoco cruzar una línea de entendimiento, eso te había extasiado cuando la detuviste después de aquella concentración en el Ángel. La embajada norteamericana había pedido refuerzos por si los antiglobalizadores hacían disturbios. Por tu curso en Miami te ganaste ser llamado por teléfono celular y veloz atendiste la cita. Miraste a la sarta de pendejitos, esos cabrones que se la pasaban en la escuela, envalentonándose en las marchas, que jugaban a machitos sin saber que la vida estaba en otra parte. Güevones, a ver trabajen como yo. Tal gritería te enfermaba y aquellas mantas difamando. Me pertenece, le habías dicho a tu superior cuando te ordenaron entregarla para trasladarla al campo militar y montarle un numerito de narcotraficante. Me pertenece, seguiste neceando, aún es prematuro para que ingrese a otro tipo de interrogaciones. ¡Qué interrogaciones ni qué la chingada! Hay que entregarla. No quisiste escuchar que era extranjera. Diste las fotografías y mientras el sargento las miraba tu risa se aflojó tanto que te mandó a dar un paseo. Saliste y el cielo era una mancha espesa de grisura. Viste dos niños jugando y aprensivo volteaste alrededor, ¿los habrían abandonado? Una mujer los miraba y supusiste que era la madre y respiraste a fondo. Me la quieren quitar, murmuraste, tirando el cigarro, enfilándote al coche para sacarla del refugio clandestino y que nadie te la disputara. Frenético empezaste a espejear pero nadie te seguía. Era tuya. Te la habías ganado por tantos

años de trabajo. Te querían poner un cuatro porque tú sólo habías hecho la proeza de desbaratar uno de los cuadros más importantes del grupo de campesinos. Un pobre indio maloliente, de pies y manos callosas. Esa vez no usaste navajas, ni los cigarros encendidos, ni electricidad. Estaba claro cuando lo viste que no había resquicio para sacarle la mínima información, así que empezaste a quebrarle los huesos, golpe tras golpe como cuando matabas ratas en la bodega de la merced, en esa época en que te permitían dormir sobre huacales de fruta. Con eso te habías ganado el respeto de todos: El Quebrantahuesos. Te iba bien. Después de que habías entendido el negocio de la seguridad de los ciudadanos. Quién iba a vivir de un sueldo de servidor público. Hacía años que la nómina seguía igual y así seguiría pues nadie iba abrir la boca, para qué, si dios muere en un lado y resucita en otro. El incauto caía, siempre caía, una paseadita a los lugares más tenebrosos de la ciudad para vaciarles las tarjetas del banco. Una paseadita que se prolongaba hasta la madrugada para vaciarlos por segunda vez. Y luego repartirse entre los demás con la rigurosidad de quien va a continuar el negocio, las reglas del juego no podrán ser violadas. Ante todo somos honrados. La miras, tratas de borrarla pero la mente ya la herró en tu sangre. Cabeceas y ves el cuerpo desnudo, tan desnudo e irreal que sólo piensas que puede ser un sueño. Abriste su bolso. Una credencial con letras que deletreaste y no te decían nada, y ningún sello con águila. Tres tapones, le gustaba taponearse la sangre, represársela, la muy puerca. Vendrán, ¡apúrate!, oyó decirse, su guardián interior estaba trabajado en el lugar más profundo de las entrañas. La protesta por la desaparición de la chica cobraba visos inauditos. La ciudad era una madre desquiciada por las manifestaciones y bloqueos de calles. La ciudad madre no iba a claudicar, apelaría a todas las instancias. Tanto mitote por una vieja tan insípida como tú, decía Faustino acomodándole las nalgas para tirársela con fuerza. Así no, cabrón, le dijo. Si te la vas a planchar que sea por la derecha, no quiero que me la estropees. La alianza ancestral juntó sus jugos. De nada te servirá justificarte, se oyó incriminarse desde más adentro de él. Tomas la maleta y oyes que la sueltas como cae un cuerpo. Un sonido lejos de la vida. ¿La pistola? Caminas a la ventana, descorres las cortinas y miras los cables y antenas de la azotea. Una sábana ondea entre el alambre. Corres a la otra ventana cuando oyes que frena un auto. Faustino también viene con ellos para despistar. El ulular de la patrulla te activa. Pélate, ya cabrón, porque van sobre ti. Ya hasta tienen preparada la rueda de prensa. Te

quitaron de la nómina. Y estás despedido desde hace dos años. Ya te difuntearon, cabrón, ¡pélate!, oyes la voz de Faustino como un taladro. Alcanzas la otra ventana, la abres, brincas y frente a ti la sábana cobra vida, ahí están dos pares de zapatos. Apuntas y no sale ninguna bala. El nombre de Mariela te destraba las dudas. Hija de la Chingada, gritas. Oyes los disparos y sientes cómo se incrustan en tu cuerpo, como si en tus dientes hubieran puesto esmeraldas, y tus compañeros borran las pruebas. A ti. Y sabes que tu víctima saca la cabeza de la bolsa de plástico con sus ojos, muy abiertos. Aquella muchacha fijará sus ojos sobre ti eternamente, como un infierno. Recojo las balas del tapete. El general me dice: Buen trabajo, Mariela. Sonríes. Y ves que todos sus hombres te apuntan. Caes de rodillas, mientras una de tus manos se afianza a la colcha nueva. Y siguen gritándote traidora, al hombre hay que serle fiel y volteas a ver a Faustino, él mueve los hombros y sabes que te dará el tiro de gracia. Y tan chingada como siempre sabes que una vez más la prensa elaborará su ficción y explicará con estadísticas el glorioso descenso de la violencia.

Edna Ochoa. Mexicana. Actualmente estudia un doctorado en español en el área de literatura en la Universidad de Houston. Ha publicado en su país poesía, cuento y teatro.